

ubicaba su peripecia entre los científicos que participaron en el proyecto atómico, el personaje central de *El fin de la locura* sondea los ambientes intelectuales y políticos de fines de los sesenta y los setenta. Pero la diferencia, opinable sin duda, es que el nuevo relato carece de intriga y falla a la hora de transmitir cierto sentido de la vida. De muy desigual factura, esta novela puede, con todo, atraer a un lector a quien le anime transitar a grandes pasos por el París de mayo de 1968, participando a la vez en la dramaturgia estructuralista. No sin prevenciones, podría decirse que las páginas mejor cuidadas del volumen atañen a los eruditos que acuñaron ese entramado teórico, y es lástima que de tan magnífico anecdotario no haya podido extraer Volpi –minucioso recopilador de informes– un espinazo lo suficientemente robusto como para sostener toda su obra sin caer en la pura didáctica. Es más, aunque éste hace decir a su narrador buen número de confidencias acerca de Lacan, Greimas, Althusser, Roland Barthes, Deleuze y Foucault, a ratos el discurso suena poco creíble y el artificio, anunciado como realista, termina por desflecar sus costuras.

Con bastante mejor humor, alejándose ya de la atmósfera parisina, adquiere brío la aventura del protagonista en Cuba, donde interviene en el voto del premio Casa de las Américas y ensaya el psicoanálisis

de Castro. Quizá ello sea el logro más elogiabile en este tramo, e insinúa lo que, apostando con claridad por la ironía, hubiera sido una novela menos fragmentaria y probablemente de más luminosa inspiración.

César Vallejo y la muerte de Dios, Rafael Gutiérrez Girardot, Panamericana Editorial, Colombia, 2002, 200 pp.

Escribir sobre alguien como Vallejo, tan rico en connotaciones filosóficas, parece una aguda tentación para un ensayista como Gutiérrez Girardot, muy lúcido en este tipo de trasiegos. Una vez leídas las primeras páginas de este volumen, se comprueba que dicho señuelo es algo más para el analista: su libro profundiza en la cala poética, pero además, para cumplir cuanto promete el nietzscheano título, conduce a un espacio de disidencias que se impregna de metafísica –la muerte, el calendario cristiano y la sedimentación de la *prima materia*, bajo el contorno del nihilismo–, al tiempo que, en otro plano, arroja luz sobre una imprevista identidad vallejjiana –implícitas, la memoria y sus asociaciones más sensibles–, mediante la prosa conceptista y prolija a la cual nos tiene acostumbrados este erudito.

Atractiva, sin duda, es la reconstrucción de una poética como la de

Vallejo, no sólo identificable por la calidad ideológica y por la amplitud de referencias que exhibe. Para el análisis profundo –Gutiérrez Girardot lo sabe–, esas son secuencias que conviene organizar según relaciones nuevas, útiles para distinguir lo original de lo reiterativo. Una vez en ello, la brecha abierta exige un recuento de estratos heterogéneos, y para atravesar este espesor y analizarlo como un enunciado coherente, el ensayista colombiano busca formas de continuidad, motivos conductores, dominios lejanos en apariencia, pero coloreados con matiz similar.

Si bien Vallejo figura como personaje privilegiado en las academias, es evidente que aún quedan zonas de penumbra en el estudio de su obra. Como resultado de la primera edición de sus *Poesías completas* (Buenos Aires, 1949), sostiene el autor de este ensayo que «lo aislaron de su contexto peruano y lo sometieron al deporte formalista de las clasificaciones llamadas histórico-literarias». Quien conozca esa biblioteca vallejana –a partir de la cual cabría completar una historia de su recepción crítica– hallará en estas páginas novedades de distinto signo. A un horizonte de Vallejo leído por sus analistas se superponen, como ya dijimos, puntos de correspondencia filosófica y aun teológica, lo cual permite que, por situar un ejemplo, nos quepa valorar si, de acuerdo con el escritor, la

culposa orfandad del hombre lo condujo «a yuxtaponer lo Absoluto con Dios o el Señor, la muerte con la culpa, la armonía universal con el castigo, la muerte con lo Absoluto, la vida con la muerte, el dolor con la ironía», resultando de ello una síntesis entre contrarios que no pierden su identidad al conjuntarse. El autor convoca ese «Misterio (que) sintetiza» y no por casualidad, es fácil hallar en el libro más ejemplos de simetría, campos adyacentes, dualidad y fronteras mal dibujadas, lo cual implica que, aprovechando la metáfora, se pueda familiarizar a Vallejo con Jorge Guillén o con Walter Benjamin, descritos en su autonomía y luego, una vez ante el espejo, en un dominio de adhesiones simbólicas y de parentescos juiciosamente razonados.

Huesos en el desierto, Sergio González Rodríguez, Anagrama, Barcelona, 2002, 334 pp.

Les resultará interesante a los psicólogos criminalistas la materia de este volumen. Generalizando, el autor nos introduce en ella mediante una evidencia dramática, y es que, cuando da sus primeros pasos el siglo XXI, por cada nueve hombres asesinados en México, muere una mujer por la misma causa.

Dicha estadística, no obstante, varía en Ciudad Juárez, Chihuahua, donde la proporción aumenta hasta alcanzar las cuatro víctimas femeninas. Tal vez sea imposible explicar con certeza documental las razones de ese peligro añadido. Ahora bien, semejante violencia —de género, según reza la coletilla mediática— manifiesta en sombríos colores otro tipo de patologías, tanto o más turbadoras. Y lo consigue de una manera muy elocuente que alcanza a contextualizar no sólo el peor de los instintos machistas, sino el dudoso ejercicio de orden público que practican las autoridades locales. El caso es que, por omisión o a causa de gestos menos disculpables, la masacre que detalla *Huesos en el desierto* parece una buena prueba de impotencia policiaco-judicial. En rigor, esta incapacidad, quién sabe si voluntaria, es una costumbre contra la cual muchos quisieran protestar, pero la idea de ley y orden parece destinada al fracaso en Ciudad Juárez, exactamente en la misma proporción en que triunfa la mitología urbana en torno a los crímenes.

A partir de este oscurecimiento de la culpa, extrae Sergio González detalles de muy considerable enjundia. Sin aceptar el esquema oficial —dicen las autoridades capitalinas que está resuelto un ochenta por ciento de los más de trescientos homicidios contra mujeres cometidos durante la última década en su

jurisdicción—, el investigador brinda a los pesimistas razones para el desasosiego. De hecho, desbarata el discurso del orgullo y la efectividad para luego analizar el nexo entre conductas tan obscenas como peligrosas. Es aquí donde la práctica periodística, aunque desvirtuada en géneros como el reportero de sucesos, prueba su validez para efectuar la denuncia y aún más: para desarrollar una sincera indagación. No en vano tiene que vérselas el autor con un ciclo estremecedor y casi inconcebible: en torno a un centenar de asesinatos en serie, todos ellos de cariz sexual, inscritos por la policía a partir de 1993. Una trama que descarta con todo énfasis la autoría individual y que, por fuerza, se desmadeja en la complicidad de las cantinas y de las bandas delincuenciales, en el encubrimiento y las inculpaciones dudosas. Si a ello añadimos una distorsión bárbara de la percepción masculina, en la cual se ha desvanecido el estereotipo de la mujer pura, sustituida por otra figura necesariamente libre, insumisa y, acaso por ello mismo, susceptible de ser violentada —ése es el castigo por su rebeldía—, obtendremos un genuino retrato de la sangría que aturde a Ciudad Juárez. Por fortuna, frente a la siembra de maraña, González convoca imágenes mucho más nítidas. No por casualidad su pesquisa, desgranada a lo largo de los años en las páginas del periódico *Reforma*, presupone

que los adoradores del mal son personajes carnales, ajenos a una leyenda que ha ido creciendo con la generosa convicción de un melodrama.

Los trabajos de la memoria, *Elizabeth Jelin, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2002, 146 pp.*

Lo realmente sugestivo con respecto a esta monografía es que sobrepasa las expectativas que anuncia su título. Porque en esta oportunidad la memoria no es sólo un vago conjunto de perspectivas, subjetivo hasta con exceso, pero necesario para construir la identidad de los vivos e imprescindible para perpetuar el rastro de quienes ya no están. Aquí la memoria es, además, un marco para hilvanar y deshilvanar acontecimientos terribles. El punto principal y más notable es éste: aunque contradictorio y frágil, el recuerdo acaba tomando el cariz de la justicia, y sirve para afrontar el porvenir sin perder de vista, mediante acopio de pruebas, los efectos que tuvo la experiencia de nuestros antecesores, bien fuera ésta feliz o infortunada. Como en cualquier relato, también se da en la memoria una omisión instintiva de lo que no viene al caso. Ya dijo Chesterton que ese relato se hace más simple, y no más complejo, con

el transcurso del tiempo. Por otra parte, caben el ensimismamiento, la distracción y aun la mentira, y con ello la impresión subjetiva de estar recordando se aproxima, a juicio de los más escépticos, a ese mínimo común denominador que llamamos Historia.

Sin duda, hay estructuras en el cerebro que atesoran la memoria latente, pero su abordaje puede realizarse con muy diversas metodologías. A partir de esta certeza, el atractivo libro de la profesora Jelin procura hallar instrumentos adecuados para estudiar las presencias y sentidos del pasado, siempre a partir de unos acontecimientos concretos: los años de la represión en el sur de Iberoamérica. La autora cumple su objetivo con amplitud de recursos y adoptando una postura intermedia frente a las disciplinas académicas que le son de mayor utilidad. Por este camino, sondea criterios político-culturales, sistemas simbólicos y convenciones histórico-sociales, al tiempo que examina vivencias personales de comprobable intensidad. Ante la remembranza, tres son sus premisas centrales: entender las memorias como procesos subjetivos, reconocerlas como objeto de posible disputa, y al cabo, aceptar que hay cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar que asignan a estos recuerdos las diversas sociedades de acuerdo con su celo cultural e ideológico.